

**Instructions: Read the novel and
complete the reading
comprehension exercises
(see attachment).**

**You only have to submit these
pages.**

el fin de animar a vuestros alumnos a leer. También os sugerimos formas de explotación de los contenidos funcionales, léxicos, gramaticales y culturales y os ofrecemos un solucionario final para facilitaros la labor de corrección.

Concha Moreno
Directora de la colección



SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S.A.

EL
5/
BA

Concha Moreno
Catedrática de Lengua Castellana



La banda de París

DISFRUTA



Nivel medio

La banda de París

Primera edición, en 2000

Produce: SGEL - Educación
Avda. Valdelaparra, 29
28108 Alcobendas (MADRID)

© Concha Moreno García
Piedad Zurita Sáenz de Navarrete

© Sociedad General Española de Librería, S. A., 2000
Avda. Valdelaparra, 29 - 28108 Alcobendas (Madrid)

ISBN: 84-7143-836-4
Depósito Legal: M. 41.989-2000
Printed in Spain - Impreso en España

Coordinación editorial: Julia Roncero
Cubierta: R. A. Comunicación Gráfica
Fotocomposición: Carácter
Impresión: Nueva Imprenta, S. A.
Encuadernación: F. Méndez

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Índice

Introducción	5
NOVELA	
I	7
II	9
III	10
IV	12
V	13
VI	18
VII	19
VIII	21
IX	23
X	27
XI	30
XII	32
Epílogo	34
Explotación	
I-II	37
III-IV	43
V-V	49
VII-VIII	55
IX-X	59
XI-XII	63
Solucionario	69
Vocabulario	77

Era una tarde calurosa de mediados de septiembre. Clara estaba en el aeropuerto de Málaga esperando a Oliver, su novio.

Se habían conocido el semestre anterior en Colonia, cuando ella estudiaba allí con el Proyecto Erasmus¹. Ahora él venía a Málaga a hacer lo mismo. Clara le había buscado un piso con otros dos chicos extranjeros: un sueco, Patrik, que estaba haciendo un curso superior de español, y David, un irlandés, que había venido a trabajar de lector* en un Instituto.

El avión aterrizó, y al cabo de un rato apareció Oliver, sonriente, con su enorme bolsa de viaje y su guitarra. Tras el cariñoso recibimiento, se dirigieron al nuevo domicilio de Oliver. Sus compañeros le causaron muy buena impresión, y el piso le pareció cómodo y agradable.

No le resultó nada difícil acostumbrarse a su nueva vida; iba con Clara a la playa, paseaban por la ciudad, salían un rato todas las noches y un día fueron a visitar la casa de Picasso², la Alcazaba y el castillo de Gibralfaro³. La ciudad le pareció alegre aunque un poco ruidosa. No había visto tantas motos en su vida. La noche malagueña le encantó; había a esas horas más gente en los bares y en la calle que en su ciudad por las tardes.

Cuando empezaron las clases tuvo que repartir un poco su tiempo. Todo marchaba sobre ruedas*. Lo único que echaba de menos era tocar la guitarra en un grupo, como hacía en Colonia, pero hasta entonces le había resultado imposible entrar en contacto con músicos malagueños.

Un domingo de octubre, Oliver fue a desayunar a un bar y allí vio un cartel de un grupo que pedía un guitarrista. No lo dudó ni un segundo y llamó.

¹ El Proyecto Erasmus consiste en un intercambio de estudiantes universitarios europeos.

² El célebre pintor Pablo Ruiz Picasso es de Málaga. Su casa está en la céntrica plaza de La Merced.

³ La Alcazaba y el castillo de Gibralfaro son construcciones árabes desde las que se divisa toda la bahía de Málaga.

—¿Sí?

—Hola, me llamo Oliver Kutz, y soy alemán. Llamo por lo del anuncio del guitarrista.

—Hola, ¿qué tal? Soy Fede. Oye... ¿has tocado antes con algún grupo?

—Sí, en Alemania, en Colonia.

—¿Podrías venir esta tarde al sótano* donde ensayamos?

—Por supuesto. ¿A qué hora?

—A las siete. ¿Sabes dónde está la calle Agua?

—No, ni idea.

—Es una bocacalle* de Calle Victoria. El número 4.

—Vale, ya lo encontraré.

—Te espero a las siete. Sé puntual, por favor.

—Hasta las siete.

—Hasta luego.

Cuando Oliver llegó, Fede ya lo estaba esperando. Le presentó a Antonio que era el bajista, a María, que tocaba la batería, y por último le explicó que él tocaba los teclados* y cantaba. Bajaron al sótano, tocaron juntos varios *blues* que sonaron muy bien y Oliver quedó así incluido en el grupo. Sacaron unas cervezas de un viejo frigorífico para brindar* por el nuevo guitarrista.

Al salir de allí a Oliver le faltó tiempo* para ir a buscar a Clara y ponerla al corriente* de todo. Tenía que ir a ensayar todas las tardes y pronto iban a actuar en bares de la costa.

Pasado algún tiempo, los llamaron: por fin iban a tocar a Torremolinos. Oliver había pedido a Clara que fuera con ellos. Al llegar al sótano, les dijo:

—Espero que no os moleste que la haya invitado.

—Por supuesto que no —contestó María, mientras la miraba—. Me suenas de algo*.

—Y tú, a mí, también.

—¡Ah, sí! Ya caigo* —dijo Clara—. Tú trabajabas antes en un bar de la calle Beatas, ¿verdad? Sí, de eso te conozco.

—Sí, ahora me acuerdo ¿No solías venir con Elena? Éramos compañeras en el instituto.

—Bueno, chicos, ha llegado la hora. A ver si nos lucimos*.

Llegaron al bar que poco a poco se fue llenando. En cuanto empezaron a tocar, Oliver se sintió feliz. Todo el mundo bailaba y aplaudía, y al acabar, gritaron: ¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!... y, claro, tuvieron que atender las peticiones del público.

II

Una noche de mediados de noviembre, fueron a tocar a Marbella⁴ a un local original, bien decorado, con las paredes llenas de fotografías de los grandes del jazz, del rock y del blues. Clara estaba sentada sola y, cuando el grupo llevaba actuando un buen rato, se acercó un hombre de unos treinta y cinco años, que le preguntó:

—¿Te gusta cómo tocan?

—Sí, muchísimo.

—¿Los conoces?

—¡Ya lo creo! Uno de ellos es mi novio.

—Me gustaría que me los presentaras porque yo me dedico a* contratar músicos.

—¿Sí? ¿En serio?

—Sí, sí, en serio, mira, aquí está mi tarjeta.

Clara leyó: "Richard Heywood - Agente de espectáculos", y más abajo la dirección y el teléfono de Marbella.

Al acabar, los músicos se dirigieron a la mesa de Clara. Tras la presentación y una breve charla, el agente les dijo:

—Necesito contratar un grupo para que actúe dentro de dos fines de semana en un Hotel de Casablanca. ¿Os interesa?

—¡Hombre, depende! —dijo María

—Es una oportunidad estupenda. Os pagaré el viaje, el alojamiento* con media pensión*, y una cantidad de dinero. Tendréis que tocar dos veces el viernes y otras dos el sábado.

—Todo esto suena muy bien, pero lo del dinero hay que hablarlo y dejarlo muy claro —insistió Fede.

—Oye, pero ¿esto es seguro? —preguntó Antonio.

—Que sí, hombre, que sí. Podéis comprobar que todo es verdad. Si me esperáis, voy al coche un momento y os traigo un folleto del hotel y la documentación que tengo, y así os quedáis tranquilos. Con respecto a lo del dinero, ahora mismo lo negociamos.

—Vale.

En cuanto Richard se marchó, se pusieron a hacer planes. Les apetecía viajar a Marruecos, especialmente a Casablanca. Recordaban la película del mismo nombre y, entre risas, María se puso a tararear '*As time goes by*'.

El agente volvió con la documentación y se fueron poniendo de acuerdo.

⁴ Marbella: ciudad turística y cosmopolita de la Costa del Sol. Tiene excelentes playas y un puerto deportivo muy famoso: Puerto Banús.

—La única cosa que os pido es que adaptéis vuestro repertorio a un público de turistas.

—Hombre, no es lo que más nos gusta, pero si conocemos un poco Marruecos, y, además, cobramos bien... ¡Tampoco vamos a ir ahora de puristas*!

—Bueno, entonces ya está todo arreglado. El sábado próximo quedamos en algún bar de Málaga y os llevo el contrato y el dinero prometido.

En el coche, Clara le confesó a Oliver que le encantaría ir con ellos y él le dijo que le haría muchísima ilusión* pasear con ella por Casablanca.

III

El jueves siguiente a las cinco de la mañana se reunieron en el sótano y cargaron todos los instrumentos y el equipaje. Clara iba con ellos, como habían quedado, y también se apuntó* Patrik.

Subieron a la furgoneta*. Habían decidido ir sin parar hasta Marbella pues hasta ahí, todos conocían muy bien la Costa del Sol. Iban muy callados, escuchando música. Pasaron Marbella, cruzaron San Pedro de Alcántara y Estepona⁵ sin detenerse, porque todavía no había amanecido. Al llegar a Algeciras⁶, siguieron todos los indicadores hasta encontrar el puerto. El mar estaba bastante tranquilo, tan sólo soplaba una levísima brisa. Cuando el barco zarpó*, subieron a cubierta* y se instalaron allí: era un placer disfrutar de esa suave brisa y contemplar el mar tan azul como el cielo, imprescindible para entender la pintura de Picasso, —pensó Oliver. ¡Qué maravilla sentir el sol invernal que caliente y alegre! La travesía del Estrecho fue muy breve*. Patrik divisó Ceuta⁷ en el horizonte y con voz de sueño preguntó:

—¿Desde cuándo es esta ciudad española?

—¿Desde cuándo era ceutí, contestó enseguida:

—Desde el siglo XVI. No es una ciudad muy grande, unos 70.000 habitantes, pero tiene mucho encanto. Mi abuelo vive allí, y yo voy una o dos veces al año a visitarlo.

⁵ Localidades muy turísticas de la Costa del Sol.

⁶ Algeciras es una localidad de la provincia de Cádiz.

⁷ Las ciudades de Melilla y Ceuta, en el norte de África, son españolas desde los siglos XV y XVI.

Continuaron hablando mientras se iban aproximando al puerto. Minutos más tarde les avisaron por megafonía que fueran hacia los coches porque el barco iba a atracar*.

Richard les había señalado en un mapa la ruta hasta Casablanca. Iban a pasar por ciudades cuyos nombres, especialmente a Oliver y a Patrik, les resultaban totalmente exóticos: Tetuán, Tánger, Asilah, Larache, Ksar el Kebir, Rabat y, finalmente, Casablanca. El viernes muy temprano habían planeado ir a Meknés, y el sábado querían dedicarlo a deambular por Casablanca, y el domingo visitar Rabat.

Atravesaron la ciudad y entraron en Marruecos. Fueron parando en los lugares que habían previsto. Lo miraban todo con muchísimo interés. Les impresionaba el colorido, el ir y venir de la gente, la luz...

Iban muy animados hablando de música y tarareando canciones. Al llegar a Casablanca tenían que ir directamente al Hotel Internacional a dejar todos los instrumentos y a hablar con su agente, para ultimar los detalles*.

El tráfico era intensísimo y sólo lograron llegar tras escapar de un atasco*. Como no podían encontrar sitio para aparcar, Fede le dijo a María:

—Sube la furgoneta a la acera, que voy a preguntar dentro del hotel dónde podemos dejarla.

—Vale, te esperamos, pero no tardes mucho, que seguro que alguien va a enfadarse con nosotros.

—Buenas noches, ¿qué desea?

“Menos mal que aprendí francés en el colegio” —pensó para sus adentros* Fede.

—Soy uno de los músicos que van actuar este fin de semana. Tenemos la furgoneta mal aparcada y nos gustaría dejar todos los instrumentos en el hotel.

—Ah, sí. Ahora mismo les abro la verja*.

Fede volvió y dijo:

—María, van a abrir para que pasemos.

Nada más entrar, dos empleados del hotel los condujeron a un almacén* que estaba en el sótano, y, muy amablemente, les ayudaron a transportarlo todo.

—Bueno. Muchísimas gracias y hasta mañana.

—Por favor, casi se me olvida —dijo Fede—. ¿Nos pueden explicar cómo se va a nuestro hotel?

Era complicadísimo. Se perdieron un montón de veces por las calles de Casablanca pero, finalmente, lograron dar con él*.

—Éste no es un cuatro estrellas, ¿eh?

—No, la verdad, hay una pequeña diferencia con el Internacional.

—Dejad de quejaros, que no está tan mal.

A la hora prevista estaban todos bien despiertos, con caras de haber descansado estupendamente. Se sentaron a desayunar y Oliver les preguntó: —Chicos, ¿qué os parece si vamos hasta Meknés como habíamos planeado?

—Por mí, estupendo.

—De acuerdo si llegamos a tiempo para la actuación.

—¡Qué pesado te pones algunas veces! Tranquilo, hombre, tranquilo, ya sabes que siempre somos puntuales.

Después de reponer fuerzas, se pusieron en marcha. La ciudad les pareció muy interesante y tuvieron tiempo de hacer algunas compras. Llegaron con tiempo de sobra al Hotel Internacional, tocaron suavemente la bocina*, el portero les abrió la verja, y un empleado los condujo a un gran salón.

—¿Habéis visto ese cartel? Somos nosotros.

—Pues claro, las actuaciones se anuncian, ¿no?

—Y además en tres idiomas. ¡Qué famosos nos vamos a hacer!

Efectivamente, en la puerta había un cartel que anunciaba su actuación en árabe, en francés y en inglés. Lo leyeron y se sonrieron unos a otros. La sala era muy espaciosa y estaba lujosamente decorada. Inspeccionaron el lugar donde se iban a colocar, miraron hacia el techo para comprobar los focos*. Todo perfecto. Habían tocado en muchos lugares, pero ninguno era tan elegante ni tan selecto como éste.

—¡Qué lujo! ¿Qué hace un grupo como el nuestro en este lugar? —pensó Antonio.

—¿No ha llegado todavía el señor Richard Heywood? —preguntó Fede, un poco extrañado.

—Perdonen, había olvidado comunicárselo. El señor Heywood ha llamado diciendo que no puede venir, pero no se preocupen, el señor El-Saloud, que es el encargado de relaciones públicas del hotel, se ocupará de todo.

Al fondo del salón había una puerta pequeña. Salieron por ahí a una especie de vestíbulo con dos escaleras, una a la izquierda y otra a la derecha. El empleado tomó la de la izquierda y los demás le siguieron. Abrió la puerta, encendió la luz y allí, en aquella gran habitación vacía, pudieron ver sus instrumentos y una caja de cartón con las cuerdas de repuesto. No había nada más. Arriba, el encargado de relaciones les estaba esperando.

—Vamos a ensayar un poco antes de empezar —propuso Antonio.

Un camarero abrió las puertas del salón y la gente empezó a entrar. A las once y media Fede hizo la presentación en español y después en inglés. El público, compuesto en su mayor parte por turistas, les pareció un poco frío, pero conforme avanzaba la actuación se lo fueron ganando*.

V

A pesar de que se habían acostado a las tantas*, al día siguiente se levantaron temprano para ir a patearse* Casablanca, que superó con creces* la idea que tenían sobre ella. Regresaron a su hotel y aún tuvieron tiempo de descansar. Todos estaban a la hora convenida en el comedor, menos Clara.

—¿Dónde está Clara, Oliver? —preguntó Antonio.

—Está hablando con sus padres por teléfono.

Un poquito más tarde entró en el comedor, guapísima. Se había recogido el pelo en un moño*, llevaba un vestido de seda verde, unos pendientes y una pulsera que Oliver le había comprado por la mañana, un abrigo negro sin abotonar, y unos zapatos de tacón muy alto.

En la sala había más gente que el día anterior, el público era más variado y se notaba que, en general, tenía ganas de divertirse. En el descanso algunos jóvenes se acercaron a felicitarlos.

Ya habían tocado tres temas de la segunda parte cuando, de pronto, a Oliver se le rompió la cuarta cuerda de la guitarra. Pidió disculpas públicamente e hizo una seña a su novia.

—Clara, no tengo aquí las cuerdas, por favor, baja rápidamente al almacén. Están en una caja de cartón.

—Creo que tienes alguna cuerda en la funda de la guitarra, mira a ver.

—Sí, tienes razón. Hay una segunda y una cuarta.

—De todos modos voy a bajar a buscar más. Ahora mismo vuelvo. Clara salió por la puerta trasera*. Vio las escaleras que salían del vestíbulo y cogió la de la derecha. Al llegar al almacén intentó abrir la puerta pero no podía. —«¡Qué raro!» —pensó—. «Yo creía que la habíamos dejado abierta».

La cerradura no era nada difícil de abrir. Era como la del cuarto de baño de su casa. En el centro del pomo* había un agujerito; se quitó una horquilla* del moño, la metió y, al momento, la puerta se abrió. Lo primero que vio en el centro del almacén fue una maleta grande, abierta, llena de revólveres y pistolas, y un montón de pasaportes. También le dio tiempo de ver y escuchar a las personas allí reunidas, que, extrañadas ante su aparición, tardaron unos instantes en reaccionar, pero enseguida dos hombres se abalan-

zaron* sobre ella; uno la agarró por las manos y el otro le tapó la boca. Había otros tres hombres más en la habitación. Tres de ellos parecían europeos o norteamericanos, uno era asiático porque tenía rasgos* orientales muy pronunciados y el otro árabe.

—Te has equivocado de lugar y has visto demasiado así que no sueñes con que te dejemos marchar.

Esto lo dijo en inglés uno de los hombres de aspecto europeo, pero tenía un acento poco británico, parecía de algún país del este de Europa.

A Clara, que entendió perfectamente a pesar de su pánico, se le agolpaban* las preguntas —¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué está esta gente en el almacén? ¿Por qué he tenido que encontrarme con ellos? ¿Qué pensarán hacer conmigo?—. Sentía dentro de su boca el sabor amargo y frío del miedo. Le temblaban las piernas y quería gritar y llorar, pero no podía. Una mano grande y carnosa se lo impedía. Otra le sujetaba las muñecas* por detrás haciéndole un daño terrible. Sentía que la angustia se apoderaba de ella.

—Salim —dijo el que había hablado antes y parecía el jefe—, coge tu coche del aparcamiento y llévatela. Dylan, tápale los oídos a la chica.

El hombre al que el jefe había llamado Dylan, de aspecto europeo, se acercó a ella y le metió sus dos dedos índices en los oídos. Clara creyó que iba a desmayarse*. Le hacía daño y como la presión era tan grande sintió un vértigo tremendo, pero a pesar de todo aguzó el oído* y consiguió escuchar buena parte de lo que decían.

—Salim, llévate a Jimmy al Club Náutico con la maleta, pero no entres, que no te vea el guarda. Jimmy, en cuanto salga el sol, pon rumbo a* Rabat, alguien saldrá a tu encuentro. Salim, después lleva a la chica a la discoteca “La lune” y deja el coche en una especie de jardín-almacén que hay detrás. Ahora mismo voy a llamar a El Tuerto*, que es el propietario, y me debe más de un favor.

De pronto el hombre que le estaba tapando los oídos dejó de hacerlo.

—«¿Qué alivio!» —pensó Clara.

—Tú, chica, vas a salir con estos dos hombres- dijo señalando a Salim y a Jimmy— con toda naturalidad y vas a ir con ellos en coche. No intentes hacer nada extraño porque los dos van armados y no dudarían ni un momento en matarte. ¿Has entendido?

* Clara, aterrizada, asintió con la cabeza.

Salieron los tres juntos del almacén. No había nadie, se veía muy poco porque la noche era oscura y esa parte trasera del hotel estaba mal iluminada. Llegaron, sin hacer casi ningún ruido, hasta el aparcamiento.

—Jimmy, quédate aquí con la chica y la maleta mientras yo saco el coche. En cuanto aparezca, os montáis rápidamente.

Jimmy apretaba con todas sus fuerzas las muñecas de Clara, le estaba haciendo un daño terrible, pero ella no se atrevía a decir nada. Presionó tanto que la pulsera que llevaba se le soltó y cayó al suelo. Subieron al coche, un Mercedes negro bastante nuevo, pero con una gran abolladura* en la puerta del conductor. Clara sentía un horrible dolor de cabeza. «¿Adónde me llevan? ¿Qué van a hacer conmigo? ¿Qué me está ocurriendo? ¿Encontrará alguien mi pulsera?»

—Mira, ya estamos llegando al Club Náutico. Salim paró el coche a unos doscientos metros de la entrada, ató las muñecas de Clara antes de que Jimmy se bajara y cogiera la maleta, y la amenazó:

—No te voy a tapar la boca, ni te voy a atar los pies, pero como intentes gritar o escapar, te juro que no lo cuentas*.

Clara no respondió nada, pues comprendía que todo intento de huida traería consecuencias fatales. Juntos y en silencio los dos prosiguieron su camino.

—Buenas noches —saludó el guardia en inglés—. Una noche fría.

—Sí —respondió Jimmy—, buenas noches. Si el día amanece bueno, y está el mar en calma, me marchó. ¿Estará usted aquí para prepararme la cuenta?

—Sí, mi turno acaba a las ocho de la mañana, pero dudo de que usted pueda irse porque ya hay un poco de temporal* y según me han informado por radio, parece que va a empeorar.

Jimmy reprimió su gran contrariedad* y se despidió:

—Pues, hasta mañana.

* * * * *

En cuanto Salim arrancó el coche, se dirigió a la discoteca “La lune” y, al llegar, preguntó por el dueño. Enseguida apareció El Tuerto, que era un griego de unos cincuenta años. Le dijo que ya había hablado con Sergei y que le acompañara al patio trasero de la discoteca a aparcar el coche. Allí, entre las torres de cajas de bebidas, apenas se veía. Sacaron a Clara maniatada, tapándole la boca, y la bajaron al almacén de la discoteca. Le sellaron los labios con esparadrapo* y le ataron los pies. Apagaron la luz y la dejaron completamente sola y a oscuras*. No podía gritar, no podía moverse, no podía ver. “Creo que me voy a volver loca” —pensó, y rompió a llorar*.

* * * * *

Oliver estaba muy extraño. No había visto subir a Clara, y ya hacía un buen rato que había bajado. Empezaba a tener malos presentimientos. Entre canción y canción se lo comentó a Fede:

—¿Dónde estará Clara? Hace mucho tiempo que ha bajado y no ha aparecido.

—No te preocupes. Estará dando una vuelta por el hotel.

—No lo creo, porque dijo que subía inmediatamente.

—Venga, no te comas el coco* y concéntrate que aún nos queda mucho tiempo para terminar la actuación.

—Espero que vuelva pronto.

* * * * *

Los tres hombres que se habían quedado en el almacén fueron subiendo uno tras otro, con unos minutos de diferencia, a sus respectivas habitaciones del hotel. La chica les había estropeado todos sus planes. Ahora, Sergei, el que parecía ser el jefe, tenía que cambiar la operación para que no los detuvieran. «Pero, ¿por qué y para qué había entrado la chica en el almacén? ¿Quién era? ¿Con quién estaba? ¿Cuándo y quiénes empezaban a buscarla?» Tenían que andar con pies de plomo*, pues sabían que la policía estaba intentando descubrir a una banda de traficantes de armas*. Él tenía sus contactos. Cogió el teléfono móvil. Primero llamó a Dylan.

—¿Sí?

—Dylan, soy yo. Coge mañana el primer vuelo para París. Ya recibirás noticias, pero no llames a nadie. Nadie debe saber que estás allí.

—De acuerdo, adiós.

Después, también por el teléfono móvil, llamó a Mister N., el hombre de aspecto oriental.

—¿Sí?

—Mister N., soy yo, Sergei. Mañana, coja el primer vuelo para Madrid, y una vez allí, salga para París. Yo me pondré en contacto con usted. Nadie debe saber que usted está allí. Adiós.

Mister N. no dijo ni adiós, simplemente colgó el teléfono.

* * * * *

Oliver estaba deseando terminar la actuación, pero el público pedía más. Miraba con extrañeza a Fede. Éste le hacía señas de que tuviera calma y no se preocupara. Por fin se despidieron entre los aplausos del público.

—Por favor, acompañadme a buscar a Clara.

—¿Dónde está? —preguntaron los otros que no se habían enterado de nada.

—Hace más de media hora que ha bajado al almacén a coger las cuerdas de la guitarra y, aunque ha dicho que subía inmediatamente, aún no ha vuelto.

—¡Qué raro! Venga, vamos a bajar al almacén —dijo Antonio.

Salió el primero y cuando iba a coger la escalera de la derecha, todos le dijeron que era la de la izquierda. Llegaron al almacén y vieron que la caja de las cuerdas estaba en su sitio.

—Clara no ha estado aquí —dijo Oliver—. Algo extraño le ha ocurrido.

—Oliver, no seas alarmista. Vamos a buscarla por el hotel.

Se acercaron al mostrador de recepción, el señor El-Saloud que llevaba ya un rato esperándolos para pagarles, les preguntó qué ocurría. Oliver se lo explicó. No le pareció muy normal, pero tampoco le dio demasiada importancia. Le pidió a la recepcionista que la llamara por megafonía.

—«Clara Hermoso acuda a recepción» —dijo con voz firme.

* * * * *

En ese momento, el hombre que parecía el jefe de la banda llegó al vestíbulo. La recepcionista volvió a repetir el mensaje, pero Clara no acudió. El jefe escuchó disimuladamente la conversación. Oliver se sentía angustiado.

—Señor El-Saloud, le digo que mi novia ha desaparecido.

—Pero es muy pronto para sacar esas conclusiones. Tal vez se ha ido a dar una vuelta o está tranquilamente durmiendo en la habitación de su hotel.

—No, Clara nunca se habría marchado sin avisarnos. De todas formas, voy a llamar a nuestro hotel.

Nada. Clara no estaba tampoco allí. La llave estaba en recepción. El relaciones públicas del hotel estaba un poco extraño.

—La verdad, sí que es raro. Yo tengo que irme a casa, pero si no aparece de aquí a unas horas, no duden en acudir al director del hotel o al Consulado español. Buenas noches. Encantado de haberles conocido y espero que todo se solucione pronto.

* * * * *

Sergei, que, aunque era armenio, hablaba perfectamente italiano, pudo comprender casi todo lo que había oído. «Así que esta gente está buscando a la chica». Se sentó en la butaca más próxima al mostrador de recepción, encendió un cigarrillo y cogió un periódico.

* * * * *

La pobre Clara no podía más. Pensaba: «¿Se habrá dado cuenta Oliver de que he desaparecido?, ¿podrá encontrarme?, ¿se le ocurrirá llamar a mi padre?» Tenía las manos dormidas porque las cuerdas le apretaban mucho las muñecas y también le dolían los tobillos*. Se tumbó como pudo en el suelo, cerró los ojos e intentó descansar.

VI

—¿Sí?

—Sergei, soy Salim.

—Cuelga y llámame enseguida. Estoy en el vestíbulo del hotel y voy a subir a mi habitación.

Nada más entrar en su habitación, recibió la segunda llamada de Salim.

—Ya he hecho lo del coche. En cuanto pueda, El Tuerto buscará a alguien de confianza para que le cambie la matrícula y le arregle la carrocería. La chica se ha quedado bien atada y a oscuras en el sótano. Voy a hacer la maleta, diré en el hotel que me marchó a ver a mi madre porque está grave. Me iré al aeropuerto a coger el primer vuelo que encuentre a cualquier parte. Seguiremos en contacto.

—Vale, hasta luego, pero dentro de dos días tienes que estar en París.

Marcó el número de teléfono de Jimmy.

—Jimmy, el grupo de músicos que actúa en este hotel está buscando a la chica, que por cierto es española. Uno, que no es español, y que parece ser su novio, quiere hablar con el director del hotel. En cuanto ama-
nezca, pon rumbo a Rabat.

—No sé si podré, hay temporal, el barco empieza a moverse demasiado. Seguiremos en contacto.

* * * * *

Clara no había conseguido dormirse. Estaba tan asustada y con tal sensación de agotamiento que no podía ni pensar. El recuerdo de Oliver, de sus padres, de sus hermanos, hizo que unas gruesas lágrimas brotaran, de nuevo, de sus ojos.

VII

Todos se sentían preocupados y también impotentes, no comprendían qué le había pasado a Clara. Habían mirado por todo el hotel. Habían salido a buscarla al jardín. Nada. Todo inútil.

—¿Os acordáis de que cuando yo he intentado bajar al sótano, he cogido la escalera de la derecha y vosotros me habéis dicho que era la de la izquierda? —dijo, de pronto, Antonio.

—Sí —contestaron todos.

—A lo mejor a Clara le ha ocurrido lo mismo y ha bajado a otro lugar.

—¡Venga! ¡Vamos a ver!

Bajaron y encontraron una puerta exactamente igual que la otra y también con la palabra 'almacén' escrita en tres lenguas, la abrieron. Dentro no había nada, pero María, pesseguidora acérrima* de los fumadores, dijo:

—Aquí ha fumado alguien no hace mucho rato. Hay que buscar alguna colilla*.

—Mira, por una vez tu manía contra el tabaco no me parece tan mala.

—Deja tus comentarios para otro momento* y haz algo.

Buscaron atentamente y encontraron una aplastada en el suelo. Oliver la cogió con todo el cuidado, usando un pañuelo de papel, como había visto en las películas.

—Mirad —dijo Patrik—, aquí han apoyado algo rectangular y pesado. Se nota por las señales que ha dejado en el polvo del suelo. ¿Una caja? ¿Una maleta? No lo sé.

Cuando ya iban a cerrar la puerta, Oliver miró insistentemente el suelo.

—María, Clara llevaba esta noche unos zapatos negros de tacón alto, ¿verdad? —preguntó Oliver.

—Sí —confirmó María—, ¿por qué?

—Fijaos todos en las huellas* que hay en el suelo. Hay muchas de zapatos de hombre, pero hay unas de mujer y podrían corresponder a los zapatos de Clara.

—Creo que tienes razón, Oliver, parecen las huellas de Clara —corroboró* María, sintiendo que un escalofrío recorría su cuerpo.

—Tengo que llamar a su padre para contárselo. Creo que Clara se equivocó de almacén y se encontró con algo ilegal o prohibido y se la han llevado para que no hable.—dijo Oliver excitadísimo.

—Puede ser verdad —dijo Antonio.

—Todo esto me da miedo, es como una pesadilla —añadió Fede.

—A veces la realidad... —María se cortó y miro a Oliver—. “Será mejor no echar más leña al fuego*”.

Subieron a recepción. En ese momento había un hombre despidiéndose. La recepcionista le decía:

—Espero que su madre mejor. Voy a llamar a alguien para que le baje su maleta al aparcamiento.

—Gracias, no hace falta. He estacionado el coche fuera del hotel, muy cerca. De verdad, no llame a nadie, no hace falta. Adiós.

—Adiós, señor Benayar.

En cuanto el hombre se marchó, Oliver entró en la cabina y llamó al inspector de policía Juan Hermoso, padre de Clara.

—¿Sí?

—Soy Oliver, el novio de Clara.

—¿Qué ocurre?

Aunque al Inspector Hermoso le alarmó aquella llamada, mantuvo la calma para no preocupar a su mujer, acostada a su lado.

—Mire, perdón que le llame a estas horas*, pero es que estoy muy nervioso y preocupado. Estábamos tocando, y de pronto se me rompió una cuerda de la guitarra. Clara bajó a buscar las de repuesto al almacén donde estaban nuestras cosas y no la he vuelto a ver.

Oliver le contó de un tirón* todo lo que había ocurrido. El padre de Clara aprovechó el respiro del muchacho para decirle, fingiendo que hablaba con un compañero,

—Perdona, Pedro, voy a ir al teléfono del salón para no despertar a Carmen.

—Oliver, ya puedo hablar, has dicho algo de una cerradura, ¿cómo era?

—Sólo tenía un agujerito en el centro del pomo.

—Como las de casa. Clara la ha encontrado cerrada y la ha abierto con alguna horquilla como suele hacer y... —el inspector hizo sus propias conjeturas y concluyó: —Algo extraño le ha ocurrido. Es una chica formal y responsable; ella nunca se marcharía sin avisar. No te muevas del hotel, no le cuentes nada de esto a la recepcionista y yo iré llamando para informarte. Te voy a dar el número de mi teléfono móvil, apunta: 601564439, y por favor, dame el del Hotel Internacional.

Oliver se lo dio y, tras anotarlo, terminó la conversación, añadiendo:

—Este asunto no me gusta. Seguiremos en contacto.

El inspector volvió a su habitación y explicó a su mujer:

—Carmen, me ha llamado Pedro para decirme que tenemos una misión especial. Voy a preparar la bolsa de viaje. Creo que será cuestión de poco tiempo, dos o tres días.

No era la primera vez que esto ocurría, por eso su mujer creyó a pies juntillas* las palabras de su marido.

—Ten mucho cuidado, Juan. Ya sabes cuánto me inquieto cuando estás fuera.

—No te preocupes, mujer, que tendré cuidado.

Le dio un beso.

—Te llamaré en cuanto pueda.

VIII

Salim cogió un taxi.

—Al aeropuerto, por favor.

—Sí, señor, ahora mismo.

El taxista tenía muchas ganas de hablar. El pasajero, sin embargo, le respondía con monosílabos*. Nada más llegar, Salim se dirigió a los servicios, miró por debajo de las puertas para ver si había alguien. No había nadie. Abrió su maletín y sacó una barba y un bigote postizos*, de pelo natural, perfectamente hechos, y un pegamento* especial. Se los pegó, presionó durante un minuto. También sacó del bolsillo interior de su chaqueta unas gruesas gafas sin graduar y se las puso. Salíó del servicio, se dirigió al lavabo, se dio unos ligeros retoques y pensó: —«¡Perfecto!»». Volvió a abrir su maletín, sacó un pasaporte falso, miró la foto, se miró en el espejo y se dijo: —«Adiós Salim. Bienvenido Hamid Fouad, ciudadano de Egipto».

Satisfecho con su nueva identidad y su nuevo aspecto físico, se dirigió a consultar el panel de salidas*. Había muy pocos vuelos a esas horas de la noche. No había vuelo directo a París, pero sí uno para Zurich. Quería hacer unas gestiones bancarias en esta ciudad suiza y, desde allí, cogería otro vuelo para la capital francesa.

Fue a la cafetería, cenó algo rápido. Se acercó al puesto de las revistas y compró una de coches. Se dirigió al mostrador y pidió un billete para Zurich, en clase preferente. Se sentó, leyó la revista por encima* y pensó: —«Todo va a salir bien, pero, ¿qué van a hacer con la chica? Es guapísima». Era un hombre frío y cruel, sólo le conmovían los coches, los barcos y las mujeres. El dinero era la razón de su vida y no tenía escrúpulos para conseguirlo.

* * * * *

Oliver dijo a sus amigos:

—He hablado con el padre de Clara y me ha dicho que tal vez esté en lo cierto. Le parece que puede ser un asunto peligroso. Por favor, marcho a dormir.

—¡Ni hablar! —dijo María. No te vamos a dejar aquí solo.

* * * * *

Juan Hermoso bajó al portal de su casa y desde allí llamó a su buen amigo Pedro, el Inspector Jefe de policía, un hombre soltero, afable* y perspicaz*.

—Dígame.

—Pedro, perdona por la hora. Necesito ir a tu casa, tengo problemas.

—Vale, vale, te espero —contestó Pedro, extrañado y preocupado. En cuanto llegó, se lo contó todo. El Inspector jefe le dijo:

—Juan, somos compañeros y amigos desde hace tiempo. Te conozco, conozco a tu mujer y a tus hijos. Sé que Clara es una chica estupeñda y que nunca haría algo así. Hace unas tres horas que no da señales de vida*. Realmente es muy extraño, pero es imposible movilizar a la policía. Te comprendo y sé lo que estás pasando. Te pido algo muy difícil: piensa como profesional y no como padre. Imagínate que ahora recibimos una llamada diciendo que una chica italiana, que está en un hotel de Málaga y que tiene veintidós años ha dicho que bajaba un momento al bar del hotel y que han pasado tres horas y que no aparece y nos piden que empecemos a buscarla. Tú sabes que, normalmente, si la persona es mayor de edad, hacen falta razones de mucho peso* para iniciar su búsqueda.

—Sí, pero ese almacén equivocado, las posibles huellas de Clara... Por favor, Pedro, comprendeme.

—Vale, somos amigos, y te voy a dar un consejo: coge unos días libres y ve a investigar personalmente.

—Creo que lo haré. Es la única opción posible y razonable, pero, por favor, no le digas nada a mi mujer, le he contado que me voy unos días en misión especial. Todavía no sabe nada. No quiero que se preocupe de momento.

IX

Sergei, un hombre que nunca perdía los nervios, empezaba a inquietarse. «No sé si el novio de la chica habrá conseguido entrar en contacto con alguien. Habrá que deshacerse de ella, ¡maldita sea!».

* * * * *

Sonó el teléfono. El inspector Hermoso preguntó por Oliver Kutz.

—Señor Kutz, es para usted —dijo la recepcionista del hotel.

—¿Quién es? —preguntaron todos a coro* y con los nervios de punta* a la telefonista.

—El señor Hermoso.

Oliver cogió el teléfono:

—Dígame.

—Oliver, he decidido ir a Casablanca. Dentro de tres o cuatro horas estaré allí. Quédate en el hotel y estate atento por si ves algo extraño.

—Me alegro de que venga, porque mis amigos y yo no sabemos qué hacer. Hemos mirado dentro del hotel por todos los lugares a los que tenemos acceso y también por el jardín. Aquí estaré esperándolo. Hasta pronto.

—Chicos, lo estáis haciendo muy bien. Nos vemos dentro de unas horas.

—Va a venir el padre de Clara —dijo Oliver a los demás.

Estaban todos juntos pensando, no hablaban, pero cada uno intentaba encontrar una pista*.

—Voy a pedir una linterna* a la recepcionista y voy a volver a mirar al jardín para ver si encuentro algo —dijo Patrik.

—¿Quieres que te acompañe? —le propuso María.

—Sí, que ven más cuatro ojos que dos.

La noche seguía muy oscura y hacía bastante frío. Iban andando muy despacio y alumbrando el suelo. Recorrieron la parte del jardín que correspondía a la puerta principal, luego la zona este, donde estaba la piscina. Ahí tampoco había nada. Siguieron hacia la parte trasera, donde estaba el aparcamiento subterráneo. Estaban desanimados. De pronto dijo María:

—¡Ahí, Patrik!, creo que he visto algo.

Patrik enfocó donde decía María:

—¡Es la pulsera de Clara, la que le regaló ayer Oliver!

La recogieron del suelo y echaron a correr para contárselo a los demás. Oliver se puso muy nervioso, casi no conseguía articular las palabras. Tras un titubeo logró preguntar:

—¿Dónde la habéis encontrado?

—Muy cerca de la salida del aparcamiento.

—Voy a llamar al padre de Clara para contárselo.

Como el teléfono en ese momento no estaba disponible, dejó un mensaje en el buzón de voz*.

—El inspector Hermoso debe de estar ya en el avión porque no puedo hablar con él y le he dejado un mensaje.

Les parecía que el tiempo no avanzaba. Se fueron a comer algo por turnos, excepto Oliver que se sentía incapaz de abandonar el hotel por si recibía alguna noticia. Al cabo de un tiempo, para él interminable, vio entrar a Juan, el padre de Clara.

—Por fin ha llegado. ¿Ha oído mi mensaje?

—Sí. Ahora ya tenemos evidencias. Vamos a empezar la búsqueda. Lo primero es denunciar la desaparición de mi hija en la comisaría más cercana.

Oliver le presentó a sus amigos y se fueron todos en dos taxis.

El inspector denunció la desaparición de su hija. El policía le comentó lo que él ya sabía: que era mayor de edad y todo eso.

—Pero si recibimos alguna información, le llamaremos inmediatamente a su teléfono.

El padre de Clara, por su parte, le dijo que haría lo mismo.

—Vamos otra vez al hotel. Tenemos que hablar con el guarda del aparcamiento.

Se dirigieron rápidamente hacia allí.

—Buenos días —saludó el señor Hermoso en francés. Mi hija ha desaparecido del hotel hace varias horas, y tras mucho buscar, hemos encontrado su pulsera en el jardín, muy cerca de esta entrada. Me gustaría que me informara sobre los coches que han salido hacia medianoche.

—Lo siento señor, pero yo no estaba aquí a esa hora, otro compañero hace el turno de noche, y, de todas formas, no hubiera podido darle esa información, es confidencial.

—Gracias —respondió Hermoso.

—Rápido, vamos a subir a hablar con el director del hotel.

Llegaron al vestíbulo. El inspector Hermoso se identificó y pidió a la recepcionista que llamara al director porque necesitaba hablar con él urgentemente. Pasaron unos minutos y un hombre fuerte y alto llegó al mostrador de recepción. El padre de Clara se presentó y le contó toda la extraña historia, incluida la visita a comisaría a presentar la denuncia de la desaparición.

ción de su hija. Le enseñó la pulsera y le pidió que hablara con el guarda nocturno del aparcamiento para que le diera la información que necesitaba. El director del hotel, convencido por el relato del inspector de policía español, llamó a casa del guarda del aparcamiento.

—¿Sí?, buenos días, ¿quién es?

—Soy el director del Hotel Internacional, ¿podría hablar con Rachid?

—Está durmiendo, pero ahora mismo le despierto.

—Buenos días, ¿qué desea, señor director?

—Aunque no sea lo habitual, voy a pedirle que me diga si ha salido algún coche alrededor de la medianoche.

—Espere un momento... Sí, ha salido uno. Lo recuerdo porque estaba oyendo un programa en la radio que me entretiene mucho y lo he interrumpido para despedir y hablar un poquito con el cliente, el señor Benayar, pero cuando yo me he marchado del trabajo, aún no había vuelto.

—¿Qué coche tiene?

—Un Mercedes negro bastante nuevo, pero me he fijado que tenía una abolladura en la puerta del conductor.

—Deme la matrícula, por favor.

—No la recuerdo en este momento, pero en recepción seguro que la tienen.

—Muchas gracias por la información. Lamento haberle despertado.

—A su servicio, señor.

Subieron al vestíbulo, el director pidió a la recepcionista el número de la matrícula y ella se lo apuntó. Acto seguido*, le preguntó por el huésped.

—El señor Benayar ha abandonado el hotel antes de que mi turno empezara. Está anotado por mi compañera.

—Gracias por todo, señor director —dijo el inspector Hermoso.

—Chicos, no hay tiempo que perder. Tomad dinero, vamos a ir de dos en dos en taxis a buscar por toda la ciudad el Mercedes negro con una abolladura en la puerta delantera.

—Por favor, señora —le dijo a la recepcionista—, ¿tiene un plano completo de la ciudad?

—Sí, claro. Aquí tengo muchos, tome.

—A ver, vosotros dos, vais a recorrer todas, absolutamente todas las calles de esta zona, y rodeo con un gran círculo un tercio* de la ciudad, vosotros dos, esta otra, y nosotros dos, esta última zona.

Sacó de su bolsa de viaje dos teléfonos móviles, se los dio, apuntó en el plano el número del suyo, y dejó en recepción su ligero* equipaje.

El inspector Hermoso se dirigió a la cabina telefónica y llamó a Mohamed Benaomar, un marroquí de Casablanca, al que años atrás había

salvado de una situación comprometida relacionada con la legalidad de su presencia en Málaga.

—¿Sí? —respondió una voz masculina en árabe.

—¿Eres Mohamed? —preguntó el inspector Hermoso en francés.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Juan Hermoso, el inspector de policía de Málaga. ¿Te acuerdas de mí?

—Inspector Hermoso, ¿cómo no me voy a acordar de usted!, ¿qué desea?

—Mira, mi hija ha desaparecido a eso de la medianoche del Hotel Internacional. La única pista que tenemos es que se la llevaron en un Mercedes negro. Imagino que ya habrán cambiado la matrícula, pero el coche tenía una abolladura en la puerta delantera del conductor y no sé si habrán tenido tiempo de arreglarla. Por favor, ayúdame a encontrarlo. Estoy seguro de que mi hija está en peligro. Anota el número de mi teléfono móvil y si descubres algo, llámame.

—No se preocupe, ahora mismo me pongo en marcha.

* * * * *

Juan dijo a los chicos:

—Ya lo tenéis todo; plano, teléfono y dinero, ¡a los taxis! Oliver y yo vamos a ir primero al aeropuerto a comprobar cada uno de los coches del aparcamiento, pero algo me dice que ahí no lo vamos a encontrar. Por favor, llamadme al más mínimo problema.

* * * * *

Mohamed se echó a la calle. Conocía bien su ciudad y sus entresijos*, iba a hablar con unas cuantas personas que tal vez le dieran la información deseada.

X

Clara ya no podía más; al límite de sus fuerzas, un extraño sopor*, a pesar del frío y de la humedad, se adueñó de ella, que seguía tumbada en el suelo del sótano de la discoteca.

* * * * *

Juan y Oliver llegaron al aeropuerto y pidieron al taxista que los esperara a la salida del aparcamiento. Le dijeron que tardarían un buen rato. Había una gran cantidad de coches, no demasiados Mercedes negros, pero de los pocos que había, ninguno era el que buscaban.

—Esto va a ser muy difícil —dijo Oliver, totalmente desesperado.

—¡Dios mío! ¡Qué ganas tengo de ver a mi hija!

* * * * *

Ya habían recorrido muchísimas calles, y María, muy nerviosa, comentó a Patrik:

—¡Pobre Clarat!, no vamos a poder encontrarla.

Él no sabía qué contestar, sólo miraba atentamente a ambos lados de la calle a la espera de ver el coche.

En el otro taxi iban, igual de desesperanzados, Fede y Antonio.

* * * * *

Entre las personas con las que habló Mohamed había varios taxistas y uno de ellos le dijo que hacía la una de la madrugada, cuando él había ido a recoger a unos clientes a la discoteca "*La lune*", había visto un Mercedes negro aparcado muy cerca de allí, sobre la acera, pero no podía decir si tenía una abolladura. Mohamed decidió comprobarlo por si acaso. Cogió su coche y se dirigió rápidamente hacia la sala de fiestas. Buscó por las calles cercanas y no vio nada. Se bajó y bordeó la discoteca andando. Al llegar al patio trasero, entre torres de cajas de botellas vio algo que le pareció que podía ser un coche negro. Sí, era un Mercedes. Habían cambiado la matrícula, pero ahí estaba el desperfecto. Llamó inmediatamente a Juan Hermoso:

—Inspector, soy Mohamed. He localizado el coche en el patio trasero de la discoteca "*La lune*". Por favor, ¡venga rápido!

El inspector Hermoso dio órdenes al taxista, que encaminó su vehículo lo velozmente en aquella dirección.

* * * * *

Tras un breve periodo de descanso, debido al agotamiento, Clara estaba pasando por uno de los momentos más angustiosos. «¿Piensan dejar que me muera aquí?» «No ha venido nadie, me siento sin fuerzas, y ni siquiera he podido ir al cuarto de baño.» Quería mantener el poco ánimo que le quedaba, pero le resultaba casi imposible. Hacía un rato que oía un sonido en la planta de arriba, le parecía que era el de un aspirador, incluso en algunos instantes creía oír la voz de una mujer cantando. «Tal vez estén limpiando.»

* * * * *

Llegó primero el taxi en el que iban María y Patrik, el inspector Hermoso les había avisado, estaban muy nerviosos. Minutos más tarde aparecieron Oliver y Juan y, al cabo de un rato, lo hicieron Fede y Antonio.

—Silencio total, por favor. Voy a acercarme a la puerta principal a ver si consigo oír algo.

Nada, no se oía nada. Se acercó a una especie de ventanuco* y desde ahí sí que pudo percibir el sonido de un aspirador y una voz femenina que cantaba.

—Mohamed, chicos, hay una mujer limpiando, tenemos que idear algo para que nos abra y nos deje entrar.

—¡Ya lo tengo! —dijo Mohamed. Conozco perfectamente a El Tuerto y puedo imitar su voz. Voy a llamar por teléfono a la discoteca y voy a decirle a la señora de la limpieza que, de un momento a otro, van a llegar unos músicos que van a actuar por la noche y que les abra.

—¡Buena idea!

La limpiadora no dudó ni un instante de que la voz que acababa de escuchar era la de su jefe.

Esperaron unos minutos que les resultaron eternos y llamaron a la puerta. Abrió la mujer.

—Mohamed, chicos, buscad por todas partes.

Clara no estaba ni en el coche, ni en la sala, ni en los servicios.

Sin darse por vencido*, Juan les dijo:

—Tenemos que buscar una trampilla* o algo parecido, seguro que esta discoteca tiene un sótano.

El inspector pensó que lo lógico sería que la trampilla estuviera detrás de la barra. Fue palpando todo el suelo con la palma de la mano y notó unas tablas un poco más elevadas que las restantes. Las bordeó, encontró la trampilla y la levantó. Había unas escaleras muy estrechas que conducían al piso inferior. Bajaron, encontraron una habitación cerrada con llave.

—¡Clara! —gritó el inspector—, si estás dentro, da un golpe, por favor.

Clara creía que estaba soñando, era la voz de su padre. Levantó un poco sus pies atados y los dejó caer:

—“Pum”, —sonó un golpe seco en el interior de la habitación.

—¡Clara! —llamó Oliver.

“Increíble, también está Oliver” —pensó.

Quedaos llamados que voy a llamar a la policía —dijo Juan.

—Bueno Inspector, si va a llegar la policía, mejor me marchó —dijo Mohamed. Me alegro mucho de haber podido devolverle el favor.

Abrió un poquito la puerta y desapareció. Juan Hermoso no tuvo tiempo ni siquiera de darle las gracias.

—Clara, estamos todos aquí esperando a que lleguen agentes de policía y te saquen.

Hablaban con ella a través de la puerta cerrada y le daban ánimos. Clara lloraba a mares*, pero esta vez de alegría. Unos pocos minutos más y estarían todos juntos.

El Inspector abrió a los policías. Bajaron y descerrajaron* la puerta del sótano y encontraron a Clara, atada, sucia, y pálida. Le quitaron las cuerdas y el esparadrapo. ¡Qué marcas le habían dejado! Tardó un poco en poder moverse, pero en cuanto pudo, se abrazó a su padre, a Oliver, y a todos los demás. A Juan Hermoso le resbalaban lágrimas por la cara que no se molestó en controlar.

Los agentes preguntaron a la limpiadora si ella sabía algo de todo eso, y les juró que no tenía ni idea, no obstante tendría que ir a declarar a comisaría. También le preguntaron al inspector cómo había conseguido encontrar a su hija, y él les contestó que utilizando todas las técnicas policiales y su intuición. Les resultó difícil de creer, pero no querían complicarle la vida a un colega.

—Por favor, acompañémos a comisaría a prestar declaración.

Clara contó todo lo que le había ocurrido. Firmó y se marcharon.

—Inspector Hermoso, si conseguimos detenerlos, le avisaremos.

* * * * *

Juan llamó a la comisaría a su amigo Pedro y le puso al corriente de todo. Le dijo que llegarían hacia las diez de la noche a Málaga, pero que no le dijera nada a su mujer. Después llamó a Carmen y le contó que la misión iba muy bien y que al día siguiente estaría en casa.

Tras las declaraciones de Clara en la comisaría de Casablanca, varios policías fueron a buscar a Jimmy al Club Náutico. Preguntaron al guarda por él, y éste les señaló el velero de su propiedad. El 'Deep blue' no había podido zarpar, pero él no estaba allí. Registraron a fondo el barco.

En el despacho del Comisario Jefe recibieron una llamada.

—Hemos encontrado la maleta gris con dieciocho armas y ocho pasaportes en un fondo secreto del velero del tal Jimmy.

* * * * *

«Señores pasajeros, dentro de cinco minutos aterrizaremos en el aeropuerto Orly de París. La temperatura es de dos grados. No llueve. El comandante y toda la tripulación esperamos que hayan tenido un vuelo agradable. Por favor, abróchense los cinturones y pongan sus asientos en posición vertical. No olviden su equipaje de mano, ni ningún objeto personal dentro del avión. Muchas gracias.»

Salim dobló el periódico que estaba leyendo y pensó: «Lo he conseguido. En cuanto llegue al aeropuerto, voy a coger un taxi y a mi apartamiento a esperar noticias.»

* * * * *

Estaban en un restaurante, Clara iba contando a sus amigos lo ocurrido, pero ella también quería saber cómo la habían localizado. A pesar de no haber probado bocado* en tantas horas, apenas podía comer.

—Papá, cuando volvamos a casa, mamá se va enfadar muchísimo contigo por no habérselo contado.

—Hija, creo que he hecho lo que tenía que hacer, aunque a lo mejor debía habérselo contado todo. No lo sé... Bueno, vamos a vuestro hotel a recoger el equipaje y después al mío, al aeropuerto y ¡a casa!

«¡Qué mal lo ha pasado!» —pensó Oliver, «y todo por unas estúpidas cuerdas de guitarra.»

* Patrik, María, Fede y Antonio se estaban despidiendo. Iban al hotel a dormir, para, una vez descansados, empezar el viaje de vuelta en la furgoneta. Clara quería ver pronto a su madre y a sus hermanos. Estaban esperando ya el avión que los iba a llevar a casa, apretaba fuertemente a su padre y a Oliver y se sentía reconfortada*.

Pedro, el Inspector Jefe, estaba esperándolos en el aeropuerto. Le presentaron a Oliver y subieron al coche. Durante el trayecto le contaron todo lo que había ocurrido. Primero dejaron a Oliver en su casa.

—Que duermas bien. Te quiero. Mañana iré a verte a tu casa —se despidió Oliver.

—Adiós a todos.

—Hasta mañana Oliver, yo también te quiero. Se besaron.

El padre de Clara pensó: «Me gusta Oliver. Parece un gran muchacho.» A las diez y media de la noche Oliver entró en su casa.

—¡Hombre, Oliver!, ¿qué tal todo?, ¡qué pronto has vuelto!, ¿y Patrik?

—Vuelve mañana en la furgoneta. Te voy a contar una historia increíble.

Nada más acabar el relato, se quedó dormido en el sofá. David le bajó la cabeza, le estiró las piernas y le echó una manta por encima. —«Mañana sin falta* iré a visitar a Clara» —pensó.

* * * * *

—Hola a todos —saludaron Clara y su padre, al entrar en su casa.

—Pero, ¿qué hacéis los dos aquí, y juntos?

—Mamá, ponte cómoda porque te vamos a contar lo que nos ha ocurrido.

La madre de Clara y sus hermanos, que acababan de llegar, no podían dar crédito a lo que estaban oyendo; siempre habían pensado que esas cosas sólo ocurrían en el cine. Interrumpían porque querían conocer hasta el más mínimo detalle.

—¡Clara, hija mía!

Las dos se abrazaron y sus hermanos también querían abrazarla.

—Juan, tú y yo tenemos que hablar seriamente esta noche. ¡Mira que haberme mentido...!

—Mamá, no te enfades con él, yo creo que ha hecho lo correcto. Su madre le preparó una taza de chocolate caliente, ella se la tomó y se fue a darse un buen baño. Al salir, sus padres la acompañaron a su cuarto. Se metió en la cama, y minutos más tarde, se durmió.

Dos policías se habían quedado de guardia dentro del 'Deep blue', mientras otros compañeros buscaban a Jimmy por Casablanca. Horas después, lo encontraron en un pequeño café, en el barrio antiguo de la ciudad, solo y bastante borracho.

—Policía. Queda usted detenido.

—¿Por qué? —preguntó Jimmy en un tono desafiante.

—Por posesión ilegal de armas y de pasaportes falsos.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—Acompáñenos a comisaría.

* * * * *

Al día siguiente Oliver, en cuanto se levantó, llamó a Clara. Su padre le dijo que todavía estaba durmiendo, que se había despertado varias veces por la noche, y le invitó a que fuera a comer con ellos. Carmen había preparado un menú especial: un aperitivo a base de jamón serrano, chorizo, morcón⁸ y queso, acompañados de un delicioso vino de Rioja. Cuando lo terminaron todo, trajo una fuente enorme de rape* a la marinera, el plato favorito de Clara, esta vez acompañado de un vino de Montilla⁹ exquisito. De postre, había tarta de almendras con vino dulce de Málaga. Tomaron café y prolongaron muchísimo la sobremesa*.

Había pasado una semana, que parecía un siglo, ya se acercaban las vacaciones. Todas las calles del centro estaban adornadas con guimaldas de luces, en las plazas principales había grandes árboles de Navidad, las tiendas estaban también decoradas, y en la Plaza de la Marina el jefe de los jardines de Málaga había hecho un Belén con arcilla, hierba y flores naturales¹⁰. Además, se podían visitar muchos otros belenes en diferentes edificios públicos de la ciudad. Los villancicos¹¹ sonaban por todas partes y muchos vendedores callejeros, venidos de África, Hispanoamérica y China, ofrecían su artesanía. Había puestos de gente española en los que se podían comprar

* Jamón, morcón y chorizo: productos del cerdo, obtenidos tras un proceso natural de curación. Se comen crudos.

⁸ Vino de Montilla: vino blanco seco de una región de Córdoba.

¹⁰ El Belén se compone de las figuras de la Virgen María, San José, el Niño Jesús, la mula y el buey. La Plaza de la Marina está al lado del puerto de Málaga y el Belén que colocan ahí es muy original.

¹¹ Canciones populares típicas de Navidad.

desde trajes de pastor, zambombas, panderetas¹², figuras para los belenes y adornos para el árbol hasta juguetes para el día de los Reyes Magos¹³ y serpentinatas y confetis para la Nochevieja¹⁴. Clara y Oliver paseaban despacio mirándolo todo. Iban abrazados y comentando que, a pesar de los pocos días en que iban a estar separados, les iba a resultar muy difícil. Oliver se iba a pasar la Nochebuena¹⁵ con su familia a Colonia, pero volvería una semana más tarde, ya que los padres de Clara le habían invitado a pasar la Nochevieja con ellos.

—Quiero comprar regalos para toda tu familia, ¿me ayudas a elegirlos?

—Yo creo que les haría más ilusión que les trajeras algo de Alemania.

—De acuerdo. Se los daré cuando venga en Nochevieja.

—¿Vamos a comprar unos turrone¹⁶ para que se los lleves a tu familia?

¹² Muchos niños españoles se visten de pastores para cantar villancicos ante los belenes. Zambombas y panderetas son dos instrumentos musicales muy simples que se tocan como acompañamiento de los villancicos.

¹³ La noche anterior al 6 de diciembre, día de los Reyes Magos, los padres españoles ponen, junto a los zapatos, los regalos para sus hijos.

¹⁴ La última noche del año. Los españoles toman doce uvas mientras suenan las doce campanadas que marcan el final de un año. Se dice que si consigues tomarlas en el tiempo exacto, traen buena suerte para el año que empieza.

¹⁵ La noche del 24 de diciembre. La mayoría de las familias españolas se reúnen y toman una cena especial. Algunas personas después van a la iglesia a oír la Misa de Gallo.

¹⁶ Dulces navideños hechos con almendras, piñones, avellanas, nueces, mezclados con miel y azúcar.

Epílogo

Salim, que estaba bastante extrañado de no haber recibido ninguna llamada, se puso la barba y el bigote y bajó a la calle a desayunar. En cuanto terminó, se dirigió al quiosco a comprar el periódico y al hojearlo*, posó la vista sobre un titular: "Detenida la banda de París". ¡Por eso no había recibido noticias! Más adelante leyó que lo estaban buscando, pero esta vez aparecía su verdadero nombre. Estaba tranquilo, todavía tenía dinero, y una nueva identidad. Seguramente iría una temporada a alguna isla griega.

Por la noche, cuando llegó Clara a casa, su padre le enseñó la fotocopia de una hoja de un periódico francés, enviada por fax desde Marruecos. Leyó: "Detenida la banda de París". Miró las fotos y los reconoció a todos, pero faltaba Salim. Así es que no se apellidaba Benayar ni era marroquí. Era tunecino*. Dylan se llamaba Jesús Hidalgo Fernández, era natural de Murcia y tenía cuarenta y nueve años. El oriental, Mister N., era coreano y llevaba muchos años buscado por la policía. Jimmy no se llamaba James sino Peter Jones, era australiano, de Canberra. Sergei, el cerebro del grupo, era arménio, pero Sergei no era su verdadero nombre; en realidad se llamaba Vladimir. Todos tenían una gran carrera delictiva* a sus espaldas; tráfico, falsificaciones... Más abajo explicaban cómo, dónde y cuándo los habían detenido.

«Ya encontrarán a Salim o como quiera que se llame» «¡De buena me he librado*!» pensó Clara. Guardó la hoja del periódico dentro de su bolso, cenó, recogió la mesa, se arregló, se despidió de sus padres, y, feliz, bajó las escaleras de dos en dos, Oliver la estaba esperando en el portal.

Vocabulario por capítulos

(español-inglés, francés y alemán)

ADVERTENCIA: El vocabulario en español está explicado de forma que pueda ser entendido y aplicado al contexto en el que las palabras aparecen. Hemos intentado que la explicación sea apropiada y no resulte más difícil que lo definido. Esperamos haberlo conseguido.

Palabra o Expresión	Explicación o ejemplo	Inglés	Francés	Alemán
CAPÍTULO 1				
el lector	Profesor que va a un país extranjero a enseñar su propia lengua.	foreign language assistant	lecteur	Lektor Sprachassistent
el instituto	Lugar donde se estudia el bachillerato.	high school	lycée	Gymnasium
marchar todo sobre ruedas	Ir todo perfectamente; sin problemas.	to go well / run smoothly	aller comme sur des roulettes	funktionieren, klap-pen
el sótano	Planta de un edificio construida bajo tierra.	basement	sous-sol	Keller
la bocacalle	calle que sale a la derecha o a la izquierda de una calle principal	side street	rue	Seitenstraße
la batería, el bajo, los teclados	Instrumentos musicales	drums, bass, keyboards	batterie, basse, clavier	Schlagzeug, Baßgitarre, Keyboards
brindar	Juntar las copas con bebidas y decir: ¡salud!, ¡por nosotros!, ¡que todo salga bien!, etc.	to make a toast	trinquet (à)	ansstoßen
faltar tiempo	Hacer algo rápidamente sin perder ni un segundo.	without wasting time	manquer de temps	keine Zeit haben
poner al corriente	Contar una noticia, informar.	to get somebody up to date with events or news	mettre au courant	ins Bild setzen, infor-mieren
me sueñas de algo	Creo que te conozco.	I have seen you before / your face rings a bell	Ton visage me dit quelque chose	du kommst mir irgendwie bekannt vor
ya caigo	Ya recuerdo, ya lo sé.	oh yes! I know! I remember!	ça y est	ich hab's
a ver si nos lucimos	A ver si tocamos bien.	let's see if we can put on a great show	pouvra qu'on se dis-tingue	hoffentlich blamieren wir uns nicht

Palabra o Expresión	Explicación o ejemplo	Inglés	Francés	Alemán
CAPÍTULO II				
me dedico a	Me ocupo de, trabajo en.	my job is	je me consacre à	ich beschäftige mich beruflich mit
el alojamiento	El hotel.	lodging.	logement	Unterkunft
media pensión	Dos comidas; desayuno y almuerzo o desayuno y cena.	half- board	demi-pension	Halbpension
ir de purstias	En este contexto significa, que ellos tocan sólo jazz, blues y rock, y que no les gusta tocar canciones comerciales de escasa calidad.	to be snobbish	faire la fine bouche	über-treiben, als Puristen auftreten
hacer mucha ilusión	Apetecer mucho.	to look forward to something	plaire beaucoup	sich sehr freuen
CAPÍTULO III				
se apuntó	Fue también.	joined the group / went to	accompagner	er kam mit
la furgoneta	Vehículo mayor que un coche, pero menor que un camión.	van	camionnette	Liefer-wagen
zarpar	Salir del puerto.	to set sail	lever l'ancre	auslaufen
la cubierta	Parte del barco al aire libre.	deck	pont	Deck
breve	De corta duración.	short	bref, rapide	kurz
atracar	Entrar un barco en el puerto.	to dock	amarer	anlegen
ultimar los detalles	Dejar todo perfectamente hablado y organizado.	to put the final touches	signaler les détails	die letzten Vorbereitungen treffen
el atasco	Filas de coches que casi no circulan.	traffic jam	un embouteillage	Stau
pensar para sus adentros	No querer expresar sus pensamientos en voz alta.			
la verja	Puerta grande de hierro.	gate	la grille	Gattertor
dar con algo	Encontrar algo tras mucho esfuerzo.	to yo meet, to run into	rencontrer	stoßen auf

Palabra o Expresión	Explicación o ejemplo	Inglés	Francés	Alemán
bocina	Instrumento que se hace sonar en los automóviles	horn	klaxon	Hupe
ganarse al público	Conseguir atraer al público	to win the audience over	trionpher	das Publikum für sich gewinnen
CAPÍTULO IV				
a las tantas	Muy tarde.	at all hours	très tard	sehr spät
patear	Andar mucho por toda la ciudad.	wander around	parcourir	latschen
superar con creces	Ser mejor de lo que uno piensa.	to be better than expected	être bien mieux	bei weitem überref-jen
un moño	Pelo recogido con horquillas.	bun hairstyle	chignon	Haar-knoten
trasera	De la parte de atrás.	rear	arrière	Hinter-
el pomo	Parte saliente y reondecada de la puerta que cogemos con la mano para abrirla y cerrarla.	doorknob	poignée	Türknauf
la horquilla	Objeto metálico fino que se pone en la cabeza para sujetar el pelo.	hairpin	épingle à cheveux	Haarnadel
abalanzarse	Echarse sobre alguien con fuerza.	to overpower or jump on somebody	se ruet sur	sich stürzen auf, her-fallen über
rasgos	Características.	features	traits	Züge
agolparse	Venir a la mente todas las preguntas juntas.	to come one on top of another	se bousculer	über-stürzen, an-häufen,
las muñecas	Parte del cuerpo que une las manos a los brazos.	wrists	poignets	Handgelenke
desmayarse	Perder el conocimiento.	to faint	s'évanouir	ohnmächtig werden
aguzar el oído	Escuchar con muchísima atención.	to prick up your ears	tendre l'oreille	die Ohren spitzen
poner rumbo a	Dirigirse a.	to set off in the direc-tion of	mettre le cap sur	Richtung ... fahren
el tuerito	Persona a la que le falta la vista de un ojo.	one-eyed	borgne	Einküngiger

Palabra o Expresión	Explicación o ejemplo	Inglés	Francés	Alemán
la abolladura	Concavidad en una superficie metálica, en este caso debida a un golpe.	dent	bossé	Beule, Blebschaden, Delle
te juro que no lo cuentas	Te juro que te mataré; no tendrás ocasión de contar todo esto a nadie.	I swear you won't live to tell the tale	je te jure que je te tuera!	ich schwöre, daß du nichts mehr sagen wirst
el temporal	Muchas y grandes olas en el mar acompañadas de fuertes vientos.	storm rough weather	tempête	Sturm, Unwetter
contrariedad	Problema, malestar.	hitch	contrariété	Hinderinis
el esparadrapo	Banda plástica que puede adherirse al cuerpo usada para curas médicas.	sticking plaster	sparadrap	Heftpflaster
a oscuras	Sin luz.	in the dark	dans l'obscurité	im Dunkeln
romper a llorar	Empezar a llorar intensamente.	to burst into tears	éclater en sanglots	zu weinen anfangen
no te comas el coco	No pienses más en lo mismo. Intenta no preocuparte.	don't dwell on it	ne te casse pas la tête	mach dich nicht dur-cheinander
andar con pies de plomo	Tener mucho cuidado, ser muy prudente.	to proceed very care-fully or cautiously	agir avec précaution	vorsich-tig sein
traficantes de armas	Personas que compran y venden armas ilegalmente.	gun runners / arms traffickers	trafiquant d'armes	Waffenhändler
los tobillos	Parte del cuerpo que une los pies a las piernas.	ankles	chevilles	Knöchel

Palabra o Expresión	Explicación o ejemplo	Inglés	Francés	Alemán
perseguidora acérrima	Que estaba totalmente en contra.	a staunch antismoker	farouchement hostile à	erbitterte Verfolgerin
la colilla	Final del cigarrillo.	cigarette butt	mégot	Zigaretten-stummel
deja tus comentarios para otro momento	No hables ahora.	I don't want to hear your opinion now	ne pas jeter de l'huile sur le feu	Öl ins Feuer gießen
corroborar	Decir que lo afirmado por alguien es verdad.	to corroborate	confirmer	bestätigen
las huellas	Marcas o señales.	prints	traces	Spuren
no echar más leña al fuego	No insistir para no empeorar la situación.	to not make things worse than they already are		
a estas horas	Tan tarde.	at this time of night	si tard	zu dieser Zeit
de un tirón	Sin interrupción, sin descanso, sin pausa.	in one go, straight off	tout d'une traite	ohne abzusetzen
crear a pies juntillas	Crear sin ninguna duda.	to believe something without a shadow of doubt	croire dur comme fer	felsenfest glauben, ver-trauen
los monosílabos	Palabras que sólo tienen una sílaba como 'sí' y 'no'. Aquí hace referencia a que Salim no tenía ganas de hablar, por eso sólo utilizaba palabras de una sola sílaba.	monosyllables, grunts	monosyllables	einsilbige Wörter
postizos	Falsos.	false	faux	falsch
el pegamento	Producto que sirve para pegar.	glue	colle	Klebstoff
el panel de salidas	Pantalla donde se anuncian las salidas de los vuelos.	departure board	panneau des départs	Abflugsinformation
leer por encima	Leer sin demasiado interés, sin profundidad.	to glance at or look over something without much interest	lire en diagonale	flüchtig lesen

arable	Amable.	affable friendly, nice	affable	freundlich
perspicaz	Inteligente e intuitivo.	shrewd	perspicace	hellsehtig
no dar señales de vida	No aparecer, ni llamar, ni avisar.	not giving signs of life	ne pas donner signe de vie	kein Lebenszeichen von sich geben
razones de mucho peso	Motivos muy importantes.	good reasons or grounds to believe something	raisons de poids	schwerwiegende Gründe
a coro	Todos hablaron a la vez.	all together, in chorus	en chœur	gemeinsam
con los nervios de punta	Muy alterados y nerviosos.	with your nerves on end or frayed	à bout de nerfs	äußerst nervös
una pista	Un indicio.	clue	piste	Spur
la linterna	Objeto que emite luz porque va cargado con una pila.	torch	lampe de poche	Taschenlampe
el buzón de voz	Contestador automático.	answering system (on a mobile)	répondeur	Anrufbeantworter
acto seguido	Inmediatamente.	straight afterwards	immédiatement après	sofort danach
un tercio	Una tercera parte.	third	tiers	ein Drittel
ligero	Que pesa poco.	light	léger	leicht
los entresijos	En este caso significa 'los secretos' de la ciudad.	the secrets, the ins and outs inner workings	secrets	Geheimnisse
el sopor	Adormecimiento.	lethargy	somnolence	Benom-menheit, Schläfrigkeit
el ventanuco	Ventana estrecha y pequeña. A menudo tiene valor despectivo.	small window	petite fenêtre	kleines Fenster, Fensterloch

Palabra o Expresión	Explicación o ejemplo	Inglés	Francés	Alemán
no darse por vencido	Continuar insistiendo hasta encontrar la solución.	to not give up	ne pas donner signe de vie	sich nicht geschlagen geben
una trampilla	Pequeña puerta en el suelo que comunica con una parte inferior.	trapdoor	trappe	Bodenklappe, Falle
llorar a mares	Llorar muchísimo.	to cry (your) eyes out	pleurer toutes les larmes de son corps	sich die Augen ausweinen
descerrar	Quitar una cerradura con violencia.	to break or kick a door open	forcer	aufbrechen
CAPÍTULO XI				
no probar bocado	No comer absolutamente nada.	not to eat a thing (to leave food untouched)	ne rien manger	nichts essen
sentirse reconfortada	Sentirse aliviada, mejor que antes.	to feel relieved	se sentir réconforté	sich gestärkt fühlen
sin falta	Con toda seguridad.	without fail	sans faute	ganz bestimmt
CAPÍTULO XII				
el rape	Pez que tiene una boca inmensa. Es muy sabroso y su precio en el mercado suele ser bastante elevado.	monk fish	lotte de mer, baudroie	See-teufel
la sobremesa	Tiempo en el que se habla sin prisas después de las comidas.	after dinner chat	fait de rester à table pour bavarder	Tischge-spräch nach dem Essen
EPILOGO				
hojear	Pasar las hojas para mirartas y sólo leer lo que nos interesa.	to leaf or flick through (a magazine, newspaper)	feuilleter	blättern
tunecino	De Túnez.	Tunisian	tunisien	Tunesier

COLECCIÓN LEE Y DISFRUTA

FUERA DE JUEGO, nivel elemental
EL ENIGMA DE MONTECASSINO, nivel básico
LA BANDA DE PARÍS, nivel medio
LA MAR EN MEDIO, nivel avanzado

COLECCIÓN CUENTOS, CUENTOS, CUENTOS

CUENTOS, CUENTOS, CUENTOS 1, nivel intermedio
CUENTOS, CUENTOS, CUENTOS 2, nivel avanzado
CUENTOS, CUENTOS, CUENTOS 3, nivel superior